

Barranquilla y la medicina. Un desarrollo articulado

La medicina en la historia y la sociedad en Barranquilla 1865-1965

JAIRO SOLANO ALONSO
Y EMILIO QUEVEDO VÉLEZ

Ediciones Universidad Simón Bolívar,
Barranquilla, 2011, 419 págs., il.

ESTE INTERESANTE libro es una afortunada extensión de la *Historia de la medicina en Colombia* (2007), obra auspiciada por los laboratorios Tecnoquímicas y que abarca en cinco volúmenes la historia de la práctica médica desde 1492 hasta la primera década del presente siglo. Se trata de una obra colectiva fruto de un ambicioso proyecto de investigación abordado por un equipo de investigadores dirigido y coordinado por el segundo autor del libro que reseñamos. El trabajo se abordó por regiones; la zona de Barranquilla y el departamento del Atlántico estuvieron a cargo del investigador Jairo Solano, quien aprovechó el enorme volumen de información acopiada para la obra mayor con lo cual dio cuerpo a este trabajo focalizado en la región Caribe, un esfuerzo investigativo que recoge la historia de los médicos y de su profesión en Barranquilla, visto en un contexto social, político y económico.

El rango seleccionado por los autores para su estudio va desde 1865 hasta 1965, y tiene como punto de partida lo que ellos identifican como la institucionalización de la mentalidad anatomoclínica, una orientación innovadora surgida en Francia y traída a Colombia, entre otros, por el doctor Antonio Vargas Reyes, prohombre de la profesión médica y quien lideró su difusión entre el cuerpo médico de la época. El trabajo continúa con el análisis de la praxis médica en los últimos decenios del radicalismo, el periodo de la Regeneración y la transformación ocurrida durante la llamada República Liberal, cambios políticos y económicos que influyeron de manera directa en el ejercicio de la profesión médica. La obra concluye un

análisis de los cambios generados en la formación médica luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando se modificó la orientación médica y los nuevos profesionales optaron por especializarse en los Estados Unidos en lugar de ir a Europa. Barranquilla, por su ubicación geográfica, su condición de puerto marítimo y fluvial y sus características geopolíticas, vivió un acelerado desarrollo y se convirtió en un centro económico bastante atractivo al que acudieron empresarios e inversionistas, principalmente de Alemania, los Estados Unidos, Francia e Italia, además de un buen número de judíos sefarditas llegados de diversas regiones. Este núcleo de extranjeros se integró con facilidad a la sociedad local y sus miembros lideraron grandes cambios. Estas circunstancias favorecieron un incremento poblacional que convirtió a la ciudad en una urbe pujante, importante foco de desarrollo.



En ese contexto de cambio progresivo y de transformaciones políticas, los autores analizan el paso de la medicina ilustrada a la llamada medicina anatomoclínica, y luego a la medicina bacteriológica, proceso a veces tortuoso debido a la resistencia de algunos galenos reacios a incorporar en su práctica nuevos procedimientos, a veces incomprendidos. Los avances logrados por Louis Pasteur en Francia y Robert Koch en Alemania poco a poco se conocieron e incorporaron al ejercicio práctico. El arraigo de este tipo de prácticas que cambió el horizonte médico se logró con los trabajos de Claude Vericel, un bacteriólogo y veterinario traído al país para solucionar una epidemia que afectaba el ganado en la sabana de Bogotá. Fue este el inicio de la medicina de laboratorio.

En el caso de Barranquilla, los cambios conceptuales se dieron

paralelamente con el desarrollo de la ciudad y con un incremento en el número de instituciones prestadoras de salud y en el número de médicos, circunstancia que rompió la dependencia que existía con el Hospital de Cartagena, a donde debía acudir la población de Barranquilla, en especial cuando se trataba de enfermedades crónicas. Poco a poco el Estado asumió la atención de los pobres y se ocupó de la salud pública con la mejoría de las condiciones del aseo, la desecación de los pantanos y la emisión de normas de higiene y la reglamentación de aspectos como el entierro de cadáveres, el manejo de desechos y otros asuntos cuyo control se logró a través de medidas policivas, al tiempo que se iniciaron las campañas de vacunación. Pero la mejora sustancial era la de contar con un buen hospital que ofreciese cobertura de salud a los más pobres y complementara el manejo privado. Una interesante combinación de iniciativas privadas y públicas para mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos sirvió para disminuir las prácticas empíricas, con lo cual los curanderos y comadronas perdieron importancia. El hospital se fue materializando con los esfuerzos conjuntos de la masonería y de otros sectores de la ciudadanía que a través de diversos medios lograron abundantes fondos que fueron complementados con recursos oficiales aportados por la Asamblea del Estado, el poder ejecutivo y el Concejo Municipal. De esta manera, el Estado asumió un deber constitucional mediante la expedición de varias leyes que ayudaron a consolidar el proceso. En esta forma se compró el lote y se inició la construcción que culminó en 1876. Ya puesto en marcha el hospital surgió una sana pugna sobre su manejo. Con el ocaso del radicalismo, el manejo de la entidad pasó a la Curia Diocesana, en manos de las Hermanas de la Caridad; este manejo le dio una impronta particular.

Debido a la vocación marítima y fluvial de la ciudad y al auge comercial, el número de extranjeros creció y se vinculó a las actividades comerciales, cívicas y culturales. El progreso de la ciudad se manifestó a través de adelantos tecnológicos y de innovaciones en las que los inmigrantes desempeñaron un importante papel. Este

tipo de desarrollo económico ayudó a consolidar una conciencia colectiva de tolerancia que ha caracterizado a la ciudad y ha permitido su crecimiento. Ese ánimo positivo y ese espíritu de cooperación le han permitido a la ciudad superar graves epidemias que la azotaron, y de paso el cuerpo médico ganó credibilidad gracias a los invaluable servicios que prestó durante las crisis. Los avances científicos y la consolidación del ejercicio médico se dieron en medio de contiendas académicas sostenidas entre los homeópatas y alópatas, contiendas reproducidas por la prensa local y que sirven a los autores del libro para analizar los desarrollos médicos y la práctica profesional en la urbe durante el último tercio del siglo XIX y los albores del siglo XX.



Dos grandes capítulos forman el eje central del libro: en el primero se analiza en detalle la profesión médica en el lapso transcurrido entre 1885 y 1913, periodo signado por las guerras y por las reformas políticas que dividieron la nación; el segundo se ocupa del periodo transcurrido entre 1930 y 1946, cuando la medicina se consolidó como una profesión liberal. Los autores muestran como la actuación de los médicos estuvo condicionada por posturas derivadas tanto del radicalismo, como de la Regeneración. Las confrontaciones militares y políticas obviamente afectaron la enseñanza y la práctica de la profesión médica. Si bien la ciudad no era belicista y su actividad estaba demarcada por el comercio, la guerra llegó a sus puertas y alteró todas las actividades. Como secuela de estos sucesos se produjo la centralización del Estado.

En el campo médico surgieron instituciones sanitarias y se produjeron transformaciones que implicaron la reorganización del gremio. Algunos

profesionales radicados allí optaron por hacer medicina itinerante en otras ciudades y pueblos. Otros combinaron el ejercicio médico con la actividad comercial y organizaron farmacias. Después de las reformas políticas y con la restauración del orden, muchos galenos que habían abandonado la ciudad por razones políticas regresaron y se reincorporaron a sus actividades. En forma paralela se fue dando una socialización de los saberes a través de la prensa. Luego se organizarían los primeros laboratorios y hacia 1897 se creó la Sociedad Médica del Atlántico y salió a la luz el Boletín de Medicina, del cual se publicaron doce entregas. La Sociedad gozó desde un principio de credibilidad y prestigio y con el tiempo se transformó en la Sociedad Médico Quirúrgica del Atlántico. A comienzos del siglo XX los médicos barranquilleros formaban un cuerpo gremial poderoso y propendían por mantener el prestigio y la posición que habían ganado como elite social. Merced a ello iniciaron campañas para combatir la charlatanería de quienes ejercían sin título de idoneidad profesional. Se trataba de moralizar la profesión y regularizar su ejercicio.

El cultivo del banano en la región, el inicio de la explotación petrolífera, la inversión extranjera y criolla y la creciente inmigración abrieron los ojos en relación con la sanidad del puerto y la creciente posibilidad del ingreso de pestes. La ciudad se preparó para afrontar el reto y puso a prueba las medidas adoptadas para enfrentar posibles epidemias cuando llegó la peste bubónica. Hubo una gran movilización para definir la patología, se importaron sueros, se realizaron cuarentenas y se implementaron los laboratorios. A pesar de la escasa capacidad de intervención terapéutica, la epidemia se “autolimitó” y en 1915 ya había desaparecido descartándose. Como corolario surgió la Estación Sanitaria de Puerto Colombia, que entró en servicio en 1913. La Estación contaba con un médico, un vacunador, un farmacéutico, guardas de sanidad, un ingeniero mecánico, un electricista, un piloto y varios marineros.

El avance progresivo de la ciudad conllevó la organización de entes destinados a mejorar la asistencia médica y a través de ordenanzas se tomaron

medidas para incrementar y mejorar los hospitales, dar atención a los desvalidos, mejorar la calidad del agua, hacer reconocimientos médico-legales, ampliar los asilos de caridad y contrarrestar las amenazas del río Magdalena.

Con la consolidación de la medicina como profesión liberal surgieron las clínicas de carácter privado, al tiempo, atendiendo los dictámenes de una misión francesa, se modernizó la educación médica y se creó un Departamento Nacional de Higiene. Durante el periodo de López Pumarejo se realizaron reformas significativas en el campo de la salud. Apareció entonces el concepto de función social del Estado en lo pertinente a la asistencia pública y a la responsabilidad de atender la salud de los menos favorecidos y llevar a cabo estrategias de higiene y campañas sanitarias. Barranquilla, como puerto y umbral del país y como corredor comercial a través del río, se convirtió en un centro bancario y fabril importante en el cual los médicos encontraron un excelente lugar de trabajo que favoreció un ejercicio profesional de excelencia tanto de profesionales nacionales, como extranjeros, quienes estuvieron al tanto de los progresos de la medicina universal y cuyo ejercicio se vio afectado por los avatares políticos, sociales y económicos de la nación.

Este enfoque que correlaciona el desarrollo y los avances de la profesión médica con los cambios en la vida social y en las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales de la nación es quizá el mayor acierto de este libro que invitamos a leer y que no defraudará a quienes lo consulten.

Santiago Díaz Piedrahita

Reflexiones de un arquitecto

Escritos de Arturo Robledo

BEATRIZ GARCÍA MORENO (COMP.)
Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Artes, Colección Notas de
clase nueve, Bogotá, 2009, 101 págs., il.

“GESTORA de esta iniciativa es Beatriz García Moreno, Doctora Arquitecta,